

La imagen del sacerdote, según tres convertidos, Mauriac, Papini y Newman

Cristóforo Gutiérrez

Doctor en teología Universidad Gregoriana

Sin buscarlos intencionalmente me encontré con los textos de tres escritores convertidos, que se referían a su visión del sacerdote católico¹. Corresponden, en cierta manera, a otro momento histórico, pero en el fondo tocan una realidad que no pierde su actualidad y que nos coloca ante el misterio sobrenatural del sacerdocio y ante su fragilidad humana. Mauriac, Papini y Newman, además de su alta cualidad como escritores, representan contextos geográficos y culturales con particularidades distintas. Sorprende su coincidencia en ciertos puntos de vista.

El texto de Mauriac al que me quiero referir se encuentra en su libro sobre *El Hijo del Hombre*². Llama enseguida la atención la fuerte conciencia que tiene de la presencia de Dios en el mundo y, particularmente, en la vida de los hombres³. Se refiere ante todo a su experiencia personal. Aunque procuraba conscientemente no tener a Dios presente en su vida, era una realidad que en el fondo estaba presente. Sobre todo por no encontrar la verdadera serenidad y felicidad en medio de las creaturas. Con Dios las cosas cambian. Le gusta considerarse a sí mismo como un viandante con Jesús, camino de Emaús. En el ocaso de la tarde y de la vida, siempre es sorprendente descubrir al Señor cuando nos parte su pan. Dios se hace presente en el camino de nuestras vidas.

¹ Dada la crisis espiritual que vivió Mauriac me atrevo a incluirlo entre los convertidos.

² F. MAURIAC, *The Son of Man*, Cleveland – New York 1958². Si no se indica otra fuente las citas están tomadas del capítulo VI: *The presence of the son of man in the priest*, 130-142.

³ F. MAURIAC (1885-1970) gran literato francés, entre las muchas distinciones, recibió el premio Nobel en 1932. Algunas expresiones de Mauriac nos pueden ayudar a comprender su carácter. “Yo pertenezco a la raza impúdica, esa que no puede menos que hablar de Dios”. “A mí me gustan los corazones que palpitan y, en ciertos momentos, furiosamente”. “Mi lugar está con los Gentiles, y mi misión es decir lo que yo juzgo verdad sin pedir ninguna orden, sin comprometer a nadie más que a mí mismo, y permaneciendo en todas partes y siempre un testigo”.

En este plano se encuentra con la realidad del sacerdocio. Cristo ha querido depositar en los sacerdotes la fuerza de su poder, manifestada particularmente en el sacramento del perdón y de la eucaristía. Le impresiona la expresión de Pascal: “Yo estoy presente entre ustedes por mi palabra en la Escritura, por mi espíritu en la Iglesia y por mis inspiraciones y poder en los sacerdotes...”.

A lo largo de la historia este poder ha provocado malentendidos, abusos y, peor de todo, sacrilegios. Algunos visibles, otros escondidos. Con todo, a pesar de moverse dentro de esta humanidad pecadora, el sacerdote sigue teniendo esos poderes que el Hijo del Hombre le ha comunicado, “el sacerdote sigue siendo un signo visible de Cristo vivo entre nosotros”. Los sacerdotes se identifican con Cristo especialmente cuando consagran y perdonan. Aunque todos los hombres están llamados a la santidad se puede decir que los sacerdotes están llamados a ser más santos, “están condenados a la santidad a pesar de sí mismos”. Que muchos caigan en la cuneta a lo largo del camino es un escándalo que afecta a la iglesia desde sus inicios. El hecho de que un número mayor, a pesar de sus debilidades, “permanece fiel y no deshonorra el poder que le ha sido confiado, es un milagro al cual nos hemos acostumbrado tanto que ya ni siquiera lo vemos. Y sin embargo qué milagro es el que el sacerdocio haya continuado ininterrumpido a lo largo de los siglos”. En las circunstancias propicias y en las adversas, en los siglos llenos de anticlericalismo y en los siglos, así llamados, de fe. Resulta interesante notar como también en estos siglos de fe los escritores han tomado como blanco de sus ironías a monjes y curas.

Hay sacerdotes que parece que llevan a Cristo sepultado en sí mismos, es difícil descubrirlo. Con todo Cristo se hace presente cuando cumplen su mandato de perdonar y consagrar. “Pero cuando el sacerdote es lo que llamamos un “santo sacerdote”, entonces el Señor es manifestado visiblemente. Cristo está repentinamente ahí”.

En la larga historia del sacerdocio siempre ha existido el movimiento pendular del sacerdote que quiere ocupar el lugar de César, o del César que quiere ocupar el lugar del sacerdote. Este es un hecho que forma parte de nuestra historia bimilenaria.

Podríamos decir, es esta una observación personal, que en la actualidad nos encontramos en este último movimiento. Los gobernantes y juristas quieren imponer leyes (pontifical y democráticamente) que desbordan su competencia y van contra la naturaleza humana. Fácilmente vienen a la mente las palabras de Antígona: hay leyes no escritas que están en el corazón del

hombre que ninguna ley puede cambiar. Se me vienen a la mente los versos de la genuina tradición española, que tienen la misma o más fuerza que las palabras de Antígona:

Si lo que manda el rey

Va contra lo que Dios manda

Eso no tiene fuerza de ley

Ni es rey quien así se desmanda.

Convendría que algunos gobernantes y ciertas mayorías democráticas reflexionaran sobre esta realidad y sobre el peligro de desmandarse en sus atribuciones. Sus decisiones pueden ser incluso aprobadas democráticamente, pero pueden ir contra los valores profundos del hombre.

Aunque podría hacerlo Mauriac no quiere detenerse en la consideración de la fragilidad de los sacerdotes. Prefiere el ejemplo de un sacerdote sencillo y santo. Toma como representante al P. Huvelin. Un sacerdote que hemos llegado a conocer, porque se encuentra a la sombra de un gran convertido: Charles de Foucauld. Nos presenta el breve diálogo ante la rejilla del confesionario:

Padre, no tengo fe. He venido para pedirle que me instruya.

Híncate, confiésate y tú vas a creer.

Pero yo no he venido para esto.

Confiésate.

Un psicólogo, un confesor normal, posiblemente no estarían de acuerdo con este método o tratamiento. Mauriac descubre aquí la combinación de la experiencia de un sacerdote santo y la inspiración de la gracia en ese momento. Quien sabe quién ocupa el papel más importante. Lo sorprendente es que actúan unidas, más cuando se trata de un sacerdote santo. “El don de la clarividencia existe; unos pocos lo tienen. Por lo demás, quizás sin ver nada, el padre Huvelin obedeció a una inspiración que le fue dada”. Después invitó a Charles de Foucauld para que se acercara a recibir la comunión. Fue la primera comunión de un futuro santo.

Mauriac se detiene en la observación de esos sacerdotes que cumplen su cometido, recorren su camino, se entregan, sufren y mueren. Quizás no aparecen ni en las primeras páginas de los periódicos o revistas, ni siquiera una breve crónica que recoja el resumen de su existencia. Con todo muchas almas viven de lo que ellos hicieron, dijeron o escribieron. Charles de Foucauld escribiría años más tarde: “Dios mío, tú me colocaste bajo las alas de un santo y yo permanecí ahí. Tu me tomaste por medio de sus manos”.

Cristo vino a salvar lo que estaba perdido. Esta es también la misión del sacerdote. Como ve reflejada la profunda espiritualidad sacerdotal en la expresión del P. Huvelin: “No puedo ver a nadie, sin que me vengan ganas de darle la absolución”. Veía a las personas con los ojos de Cristo. “Para mí, observa Mauriac, estas son las palabras más hermosas jamás pronunciadas por un sacerdote, y las más auténticas, también, porque lo identifican más estrechamente con su maestro”.

Los últimos años de la vida del P. Huvelin transcurrieron en medio de fuertes dolores físicos. Nunca dejó el púlpito ni el confesionario. A pesar de la enfermedad su voz cambiaba y se encendía en la predicación. ¿A cuántos convirtió? Un ex-sacerdote que quizás no logró convertir le escribió estas palabras: “Cuando llegue la hora y mis familiares le den la noticia. Entonces, póngase de rodillas, dondequiera que esté, y diga desde el fondo de su corazón, amante y creyente, esa hermosa oración de la Iglesia: proficiscere, anima christiana”. Este fue uno de los fracasos del P. Huvelin. Al morir, susurró estas palabras: “Amabo numquam satis”. (Nunca amaré bastante).

LAS CARTAS DE CELESTINO VI A LOS HOMBRES:

Llegó un momento que a pesar de toda su pasión y ansias de hacer algo grandioso con su vida Giovanni Papini se sintió un hombre acabado, liquidado. Personalmente se sentía como si estuviera deshauciado y sin servir para nada. Después de su conversión siguió siendo tan apasionado y luchador como siempre.

En este libro crea la ficción de un Papa, de unas características sobresalientes. “Un papa amoroso y sabio, firmísimo en la fe, tan intrépido que a veces parece, a los ojos de los pusilánimes, hasta temerario en la defensa de la verdad. Fue ardiente, elocuente, irruente, siempre encendido con el fuego de oro del amor de Cristo. .. Murió mártir, como todos saben, en los últimos días de la grande persecución.”

Dentro de su celo apostólico Celestino quiere entrar en contacto con todos los hombres y escribe unas cartas dedicadas a diferentes grupos de personas. Entre ellas, los sacerdotes ocupan un lugar importante. Es a ellos a los que quiere dirigirse en primer lugar⁴. Unas palabras “de amonestación, de enfado,

⁴ G. PAPINI, *Cartas de Celestino VI a los hombres*, Madrid 1964⁶. Si no se indica otra cosa, todas las citas están tomadas de la carta “A los sacerdotes”, pag.37-48.

de incitación; pero sobre todo de afecto. Si en ocasiones os parecen duras, pensad que me causan dolor antes que a vosotros, más que a vosotros”.

Claramente se nota que Papini tiene todo el ardor de un recién convertido. Escribe en 1946, inmediatamente después de la experiencia de la Segunda Guerra mundial⁵. La experimentó dolorosamente con su familia, en los alrededores de Florencia. El contexto sacerdotal que encuentra tiene unas características particulares, propias de esa época, cuando todavía ni se pensaba en la posibilidad de un Concilio Ecuménico, ni en la escasez de sacerdotes. Hay abundancia de sacerdotes, pueden dedicarse no sólo a las labores parroquiales, sino incluso dedicar sus energías a muchos aspectos de la cultura: historia, arte, música, enseñanza... Cubren muchas plazas, más allá de lo específicamente sacerdotal o parroquial. Pero es aquí donde Celestino ve el gran peligro que, tristemente para muchos, es una realidad. El peligro de la rutina, la mediocridad, la tibieza, el acomodamiento y reducirse a una vida sin esfuerzo, sin lucha, sin horizontes de conquista. La búsqueda de títulos, el hacer carrera. Los fieles, sin gran problema, acuden a las parroquias, procesiones, fiestas tradicionales... pero son sobre todo las mujeres y los niños. Muchos hombres se quedan fuera. Sobre todo los más activos. Lo observa claramente: los hombres que a veces consideramos como enemigos, con un poco de celo que pusiéramos en ganarlos, serían grandes apóstoles. La iglesia no son sólo los curas y religiosos. Aquí encontramos ya enunciado uno de los puntos clave del Vaticano II: hay que darles su lugar en el apostolado a los laicos.

“Y Cristo, como sabéis, descendió aquí abajo para todos, se inmoló por todos los hombres. Deberíais llamar más que ahora a aquellos laicos que pudiesen colaborar en vuestra obra, no en aquello que os corresponde exclusivamente, sino en la obra de conversión y de redención. Deberíais buscar más ansiosamente a los lejanos, los reacios, los rebeldes, los expatriados, los sin fe, sin Cristo y sin Dios, y hacerles sentir, con la irrupción irresistible de vuestro amor, la belleza, la grandeza, la certeza de vuestra fe. Recordad las palabras de vuestro maestro: *Compelle intrare*. No tenéis bastante apetito de almas”.

El papa Celestino ha conocido el testimonio de sacerdotes jóvenes y ancianos que son un verdadero testimonio, vivo y fecundo, de Cristo. Con su celo juvenil y con sus cabellos blancos nos hablan de Cristo. “Recuerdo

⁵ Al año siguiente de su publicación en italiano fue traducido al español. En 1964 la publicación de la editorial Aguilar ya iba en la sexta edición.

haber encontrado, en mi largo camino, sacerdotes jóvenes en los cuales la voluntad de servir a Cristo se transparentaba en amorosa palidez, cual llama viva tras el alabastro de una lámpara. Recuerdo haber conocido viejos sacerdotes, más venerables por la luz de su caridad que por la albura de sus canas, que se consumían en Dios como el cirio anónimo del pobre ante el Altísimo”

Pero es sobre todo a los mediocres, a los rutinarios a quienes quiere exhortar y despertar. Se necesitan educadores de las conciencias, que prediquen más con su ejemplo que con una apologética de palabras y discursos. Tenemos “más necesidad de santos que de estudiosos. La más terrible carestía hoy es la carestía de santos... sería necesario para salvar lo que todavía se puede salvar un ejército de santos”.

Celestino conoce también todas las tentaciones y asechanzas que insidían al sacerdote en su edad madura. Conoce la fidelidad de muchos y ante al infidelidad de los otros parecería que toma las piedras de los adversarios para lanzarlas él mismo en contra de estos sacerdotes. Pero es el celo, la responsabilidad ante Cristo y ante la Iglesia lo que le mueve a tratar de reavivar la realidad sacerdotal de estos ministros de Cristo.

“Cristo os llamó la sal de la tierra. ¿Por qué, pues, la tierra está aún tan desabrida, tan estúpida, desabrida hasta la insipidez, estúpida hasta la locura? Si las desgracias actuales de los hombres son debidas al abandono del Cristianismo, al no cristianismo de los cristianos, a la no conversión de los cristianos, ¿quién sino vosotros deberá asumir la mayor parte de culpa?”.

“Si vuestra fe se inflamase cada día, cuando tenéis en la mano el cuerpo mismo de la Víctima divina, no seríais a menudo tan indiferentes, tan distraídos, tan apagados, tan ausentes. Sed fuego y todos vendrán a calentarse el corazón junto a vosotros. Embriagaos, y todos cantarán con vosotros el canto de la libertad, aun en las mismas llamas de la hoguera. Pero vuestras manos no queman, vuestras palabras no arden, vuestros ojos no lanzan chispas, vuestros rostros son grises y apagados, a menudo, como los de quienes habitan en subterráneos.

Pensad por un momento en vuestros asombrosos privilegios. Todos los cristianos pueden comer la carne de Cristo, pero solo vosotros bebéis, todas las mañanas, su sangre. Su Sangre límpida y fervorosa, que ha redimido incluso a vosotros con una de sus gotas. La sangre, como dice la Escritura, como debéis saber, es el alma: la sangre es vino transformado en bebida de salvación y embriaguez. ¿Por qué, pues, sois tan tranquilos, tan moderados, tan razonables, tan fríos? ... ¿No sabéis que solo la locura, la locura de la Cruz puede

llevar de nuevo a los hombres a la cordura? ¿No sabéis, pues, que sólo la incandescencia del entusiasmo puede devolver el calor a los tibios y hacer caminar a los parálíticos?”

“No sois siempre fríos, pero tampoco lo bastante ardientes para calentar a los que están helados”.

El Papa no quiere encontrar en los sacerdotes simples empleados de la Iglesia, administradores mecánicos de los sacramentos, portadores de carteles de prohibiciones y reglamentos. Se necesitan apóstoles que sean un testimonio vivo de Cristo, confesores, mártires, modelos irradiantes de la verdad que brotó de los labios del Redentor.

“Para un verdadero sacerdote de Cristo, para un *alter Christus*, el deber supremo está más allá de los deberes obligados y ordinarios. Estos son la administración ordinaria en tiempos de paz; pero el verdadero cristiano sabe que para él no hay nunca tiempos de paz. Estamos llamados al combate constante: no luchar, para nosotros, es lo mismo que morirnos. Cada generación nace niña y bárbara: es necesario iniciarla y llevarla a Cristo antes que desaparezca”.

El Papa Celestino, en su juventud, fue también párroco, tuvo la “cura de almas”. No ha olvidado los problemas, las tentaciones que pesan sobre la grandeza y el gozo de nuestro ministerio. “Para nosotros, más que para los cristianos ordinarios, es terriblemente verdadero el gemido de Cristo: “El espíritu está pronto pero la carne es flaca.”

El estilo de Papini nos puede parecer hoy un tanto florido o barroco. Pero toca un punto fundamental: la necesidad de la santidad para los sacerdotes. De poco sirve un sacerdote que no es santo. Aleja de Dios a las almas. Todo lo contrario de su vocación. “El pastor perezoso hace que la ovejas queden con hambre; el pastor corrompido hace que las ovejas se echen a perder; el pastor dormilón hace que las ovejas escapen, el pastor infiel les hace perder la cordura”.

El celo, el arrojo, la pasión por vivir la propia vocación y misión es lo que quisiera ver encarnado en el testimonio de los sacerdotes. Y con todo existe la posibilidad de estar tan cerca de lo sagrado y no vivir en sintonía con la grandeza de la misión y del misterio que se lleva en la propia sangre. Podríamos resumir el mensaje de Celestino, de Papini, en un reclamo, una llamada, cordial e impetuosa, para que los sacerdotes sean santos y apóstoles celosos. Sólo así pueden ser sal de la tierra, y transformar al mundo con la presencia de Cristo. Podríamos decir que Celestino también siente la necesidad de la opción preferencial por los pobres. Pero es muy realista. En el fondo

acepta la distinción entre ricos pobres y pobres ricos. Dirigiéndose a los pobres los amonesta: “Os digo en verdad que alguno de vosotros no sois, por vuestros instintos y pensamientos, sino malos ricos a los que sólo falta un patrimonio para igualarse al rico en su miseria”⁶.

J.H. NEWMAN

Muchos se han detenido a estudiar el pensamiento de Newman en sus diversas facetas. No hay que olvidar, junto a su vivencia espiritual e intelectual, la realización concreta de su vida como sacerdote, su ministerio pastoral, primero como pastor anglicano y después como sacerdote católico. Ejemplar e incansable, hasta sus 90 años.

“Hombres, no ángeles, los sacerdotes del evangelio”. Es el título de uno de los sermones de Newman. Daniel M. O’Connell s.j. lo incluye en su selección de “Sermones preferidos de Newman”⁷. El título es ya de por sí elocuente, y nos deja entrever desde un inicio el pensamiento de Newman.

Parte de la santidad divina de Cristo. Todo en él, su persona y su obra, refleja y manifiesta esta santidad. Parecería obvio que para continuar su obra de santificación de los hombres utilizara los medios más aptos y dignos. Quizás los ángeles, presentes de alguna forma particular o velada, serían las personas aptas para realizar esta misión. Quizás podría ser un medio que facilitaría la realización de la redención. Pero Cristo ha querido valerse de los hombres. Hombres y no ángeles.

Todos los hombres nacen con el pecado original. No es este un tema del que la gente guste escuchar en nuestros días. Pero es una verdad fundamental de nuestra fe y de la vida de la Iglesia. Es precisamente gracias a la acción del sacerdote que un hombre pecador queda purificado y santificado, se vuelve hijo de Dios y hermano de Jesucristo, heredero de la gloria. Si muriera después del bautismo, se iría al cielo. Más adelante en la vida, es el sacerdote el que perdona los pecados, grandes y pequeños, en cantidades mayores y menores. Tiene el poder de Cristo para perdonar. Consagra el cuerpo y sangre de Cristo y lo comunica a sus hermanos. Es un hombre, no un ángel, el que Cristo ha querido para continuar y realizar su obra redentora.

⁶ *Ibidem*, 89.

⁷ D. M. O’CONNELL, *Favorite Newman Sermons*, Chicago 1931. Si no se indica otra fuente las citas están tomadas del sermón: *Men, not angels, the priests of the Gospel*, pag. 140-154.

Puestos a elegir nosotros seguramente hubiéramos utilizado otra metodología. Cristo escogió a Pedro, que lo negó. Escogió a Pablo que fue un perseguidor, a Mateo un recaudador de impuestos. Hombres como nosotros, con más o menos cualidades, pero hombres al fin y al cabo, que experimentaban las mismas debilidades que nosotros. Eran conscientes de su misión y de sus limitaciones: llevar un tesoro en vasos de arcilla.

El apóstol nos indica que “los sacerdotes de la Nueva Ley son hombres, para que puedan condolerse de aquellos que se encuentran en la ignorancia y en el error, porque también ellos se encuentran cercados por la debilidad”. Sacados de entre vosotros, ellos también han experimentado y experimentan las mismas dificultades, debilidades, tentaciones que vosotros. Conocen la debilidad de la carne y la fuerza de los ataques del demonio. Si muchos brillaron como apóstoles, predicadores, mártires, doctores, santos, con dones y gracias sorprendentes... todos comenzaron partiendo del hombre viejo, del viejo Adán que todos llevamos dentro de nosotros. Estaban hechos de la misma arcilla que nosotros. “Pero la gracia ha vencido a la naturaleza, esta es toda la historia de los santos”.

Hay santos y sacerdotes que han conservado la gracia bautismal. Pero lo más común y a veces sorprendente es que Dios ha llamado con el esplendor de sus dones —un motivo de esperanza y estímulo para el pecador arrepentido— a hombres que durante un tiempo desobedecieron voluntariamente a Dios, que se alejaron de la luz de la presencia de Dios, que cometieron este o aquel pecado, siguieron tal o cual error... pero después fueron recuperados por la gracia en formas diversas, lenta o repentinamente y alcanzaron una santidad mucho mayor.

Newman destaca varios ejemplos (la Magdalena, Mateo, Nicodemo), pero se detiene más ampliamente en el ejemplo de San Agustín. Comenta las peripecias de San Agustín, la gracia se iba abriendo camino en su alma, sin que él lo advirtiera. Le sucedió lo que a tantos otros. Entró en el radio de influjo de otro gran santo, san Ambrosio, en un país extranjero. “Y aunque pretendía no reconocerlo, su atención fue atraída por él, no podía menos que acudir a los sagrados lugares para verlo una y otra vez. Comenzó a mirarlo, a reflexionar sobre él y se preguntaba a sí mismo si él sería feliz”. Dios sigue utilizando a los hombres para salvar a los hombres, a los sacerdotes para conquistar sacerdotes.

Después de tantas experiencias podía enseñar a otros el camino, la luz de la verdad. Dios lo transformó y se valió de él como un medio de salvación para tantas almas en su tiempo y por medio de sus escritos a través de los si-

glos. Una de las grandes luminarias de la Iglesia. A este tipo de almas Dios les concede después una especial “ternura y compasión por los demás pecadores, una experiencia para cómo tratar con ellos, más grande que si nunca hubieran pecado... No hay que ponerle límites al tesoro y poder de la gracia de Dios”. No tengo elementos suficientes para poder afirmar que Newman conocía la oración de san Ambrosio sobre el perdón, pero no es improbable: “Déjame, ¡oh Jesús mío!, lavar tus sagrados pies manchados de andar por mi alma... Concédeme tener compasión cada vez que sea testigo de las caídas de un pecador; que no le castigue con arrogancia, antes bien lllore y me aflija con él. Haz que llorando por mi prójimo lllore también por mí y me aplique a mí mismo las palabras: Tamar es más justo que tú”⁸.

Aunque habla del sacerdote en su labor como confesor, Newman destaca fuertemente la presencia de Cristo en ese momento. Cristo presente es el que purifica y enriquece al alma, que queda pura y blanca. La confesión y la eucaristía han transformado a tantas almas.

Si el papa Celestino VI casi se acusaba de tomar las piedras de los enemigos para lanzarlas él mismo contra sus hijos los sacerdotes, aquí Newman parte de una premisa fundamental: todos estamos hechos del mismo barro y estamos sometidos a las mismas asechanzas del demonio. Los que atacan al sacerdote que falla o sucumbe, lanzan las piedras, pero muchas veces no quieren reconocer que también ellos se encuentran dominados por el tentador, que muchas veces “han sido derrotados por el maligno antes de comenzar a luchar”.

Newman, al dirigirse a los que atacan al sacerdote, (no se mueve en un medio ambiente marcado por el ateísmo) indica claramente que no tienen en cuenta la fuerza del influjo de la gracia. Lo que puede hacer la gracia en un alma sacerdotal que le corresponde y se deja guiar por la misma. Indirectamente Newman nos va señalando los verdaderos puntos de apoyo de la vida sacerdotal: la oración, los sacramentos, la vigilancia, la disciplina, el horror al pecado, la resistencia a las tentaciones. Es una lucha que se libra con la ayuda de la gracia y con ella el triunfo es posible.

Newman termina su sermón equiparándose como sacerdote a los pecadores, pero a los pecadores arrepentidos y reconciliados con Dios por los sacramentos. “Nosotros también, como ustedes, hemos sido salvados por la sangre de Cristo que todo lo salva. Nosotros también, como ustedes, seríamos

⁸ HAMMAN A., *Oraciones de los primeros cristianos*, Madrid 1956, 337.

pecadores perdidos, si Cristo no hubiera tenido misericordia de nosotros, si su gracia no nos hubiera purificado, si la Iglesia no nos hubiera recibido”. Newman invita a los fieles a unirse a los sacerdotes, hermanos suyos, y recibir el perdón de Dios. Al recibir la gracia del amor de Dios, pide a los fieles que no se olviden de rezar por aquellos que han sido el instrumento de su reconciliación con Dios. “Y mientras ellos suplican para que hagáis las paces con Dios, también vosotros, una vez reconciliados, rezad por ellos, para que puedan obtener el gran don de la perseverancia, para que puedan estar firmes en la gracia en la cual ellos confían estar ahora, hasta la hora de la muerte; y para que no, por desgracia, después de haber predicado a los otros, ellos mismos se hagan reprobables”.

Al terminar esta lectura resulta sorprendente la coincidencia de estos escritores en los puntos fundamentales. La grandeza de la vocación y misión del sacerdote. Llevan un tesoro en vasos de arcilla. Dios ha querido valerse de los sacerdotes, necesita de unos hombres para la salvación de sus hermanos. El sacerdote es un hombre como todos los demás, puede fallar por su fragilidad. Si todos estamos llamados a la santidad, más el sacerdote. El contacto con la gracia, en sus múltiples manifestaciones, lo exige. Un sacerdote santo obra maravillas. Se convierte verdaderamente en *alter Christus* en medio de sus hermanos. Cristo está presente y ha querido transmitir muchas de sus gracias a través del sacerdote. De una u otra forma Mauriac, Papini y Newman coinciden en que hay que rezar por la santidad y perseverancia de los sacerdotes. Necesitan la oración de sus fieles y hermanos.

En nuestra época y en muchos ambientes se da una actitud hostil contra el sacerdocio. No es nada nuevo, pero está orquestada y difundida más sistemáticamente, con los medios actuales de comunicación. No es universal ni tiene todo el alcance que quiere aparentar. Hace daño. Hay motivos que la provocan. Pero continúa la labor constante y callada de tantos sacerdotes fieles, que son la mayoría, y la gente percibe esa labor callada y profunda. Sin que tales acusaciones pierdan su motivo, con todo, una persona sensata puede preguntarse seriamente: quien lanza tales acusaciones ¿será una persona inmaculada, sin pecados, y quiere que los demás se pongan a su altura? ¿No puede ser, como apuntaba Newman, una persona que ha sucumbido ante las tentaciones y busca un justificante? ¿Busca el bien y la conversión de estos sacerdotes que han delinquido y caído en faltas graves, que desfiguran el rostro de la Iglesia y hacen tambalear la confianza? ¿No hay un ataque visceral a todo lo que propone y defiende la Iglesia? ¿Y la alternativa que parecen barajar, realmente salvará y redimirá al hombre?

Ya hace tiempo que H. de Lubac observaba agudamente que no es cierto que no se pueda organizar el mundo sin Dios. Se puede organizar perfectamente, pero quien sale perdiendo es el hombre. Y quien quiera leer la historia del siglo que acaba de pasar, lo puede constatar ampliamente.

Resulta interesante y aleccionador que los escritores que hemos comentado conocen la fragilidad y las caídas de los sacerdotes y se revuelven contra ellas, pero detrás de todos ellos uno puede percibir que son conscientes que más de algún sacerdote ha jugado un papel importante en algún momento decisivo de su vida. Critican fuertemente, pero detrás de esas críticas serias se percibe que ellos son conscientes también de la propia fragilidad y se percibe claramente su amor a la Iglesia y a los sacerdotes. En el prólogo al libro de Mauriac, Bernard Murchland comenta: no es un escritor amargado ni desesperanzado, el meollo de su visión es la conciencia de la imponente realidad del amor, de la presencia de Dios entre los hombres, y de la eventual posibilidad del hombre para trascender sus propias limitaciones con la ayuda de la gracia.

Personalmente me ha tocado conocer la realidad sacerdotal en un arco considerable de tiempo y en diferentes lugares, principalmente en México, España, Italia, Irlanda, Alemania, Polonia, Brasil y Venezuela. Desde los años del Concilio hasta la actualidad. La situación no es exactamente la misma en todos los lugares, hay una diferencia marcada entre la situación europea y latinoamericana, e, incluso, dentro de estos mismos sectores se pueden notar otras diferencias y matices. Con todo, después de la crisis sacerdotal que se vivió los años posteriores al Concilio y que todo mundo reconoce, nos encontramos en un momento histórico distinto. La gran mayoría de las jóvenes vocaciones son conscientes del mundo que tienen que evangelizar y quieren ser levadura en medio de esa masa y presentar auténticamente el mensaje de Cristo.

El desafío actual con que se han de presentar los sacerdotes es sorprendente y entusiasmante. La nueva evangelización en un cambio de época. Con unos horizontes que fácilmente abarcan todo el planeta. La globalización, el multiculturalismo, el cientificismo, la rapidez con que se suceden las corrientes y modas intelectuales, técnicas... El influjo impresionante y fulminante de la informática, de las redes sociales... Piden nuevas respuestas, puntos cardinales que sirvan de orientación válida y segura. Hay que construir la casa sobre roca sólida, no sobre arenas movedizas o paraísos ilusorios. Cristo está vivo y su mensaje encierra un mensaje candente también para la nuevas generaciones, sólo El tiene palabras de vida eterna. La imagen que presentemos depende del Cristo que vivimos dentro.

La religión del hombre que se hace Dios y del Dios que se hace hombre se encuentran cara a cara. La Iglesia, el sacerdote, ha de presentarse con la propuesta de Cristo. El sabe lo que hay en el corazón del hombre. El es el camino, la verdad y la vida. Como apuntaba el Papa Celestino, cada generación tiene que hacer la experiencia de Cristo y, digan lo que digan, los hombres tienen necesidad de Dios. Nuestro corazón sólo puede descansar en Dios, decía san Agustín. Sólo Dios basta, diría santa Teresa de Jesús. Y para alcanzar este tesoro siempre habrá quien esté dispuesto a buscarlo y a vender todo lo que es y tiene para alcanzarlo.

La Jornada Mundial de la Juventud que acabamos de vivir, con casi dos millones de jóvenes, nos presenta una juventud distinta. Fue impresionante el silencio que se hizo en la explanada de Cuatro Vientos cuando fue surgiendo la custodia con la Eucaristía; con su silencio parecían cantar: Dios está aquí. Buscan a Dios y a quien les enseñe los valores auténticos del seguimiento de Cristo. Nada mejor, para concluir, que señalar el discurso que Benedicto XVI dirigió a los jóvenes seminaristas. Con esas pautas se puede conseguir presentar a nuestra generación, a esa juventud del Papa, como ellos se autodenominan, la belleza, el atractivo, la luminosidad y la radicalidad del seguimiento de Cristo. Una radicalidad que polariza a toda la persona. San Pablo se consideraba encadenado, esclavo de Cristo, “que me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Es la meta a la que nosotros sacerdotes tenemos que aspirar: transmitir, enriquecido, a esta nueva generación, lo que nosotros hemos recibido y experimentado.